para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miérco les 16 de Marzo de 1927 No. 79



Ya se reabrieron las clases y Coca hace partícipes a sus familiares de la reciente sabiduría adquirida en el colegio.

Nuestros Grandes Hombres

Don José de San Martín

De acuerdo con nuestro propósito de contribuir a la difusión de los hechos notables de los grandes argentinos, CRITICA PARA LOS PIBES ofrece hoy una breve biografía del general José de San Martín.

Serás lo que debes ser
y sino no serás nada.
(Máxima de San Martín).

Fué el primer genio militar del nuevo mundo, y el más grande de los criollos sudamericanos.

Dedicado a la carrera de las armas tuvo oportunidad de demostrar su pericia en la lucha que en defensa de su suelo sostuvo España contra las fuerzas invasoras de Napoleón.

Los acontecimientos del año 1810 inflamaron su alma de patriota, y abandonó la península para trasladarse a Buenos Aires poniendo inmediatamente su espada al servicio de la causa emancipadora.

Designado para tomar el mando de los ejércitos del Norte, después de vencidos en los campos de Vilcapujio y Ayohuma, pudo comprender al estudiar el vasto escenario y las desgraciadas campañas [illegible], que las dificultades eran, allí casi insuperables y hubo de decir:

"La patria no hará nada por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva...



Concibe la titánica empresa del paso de los Andes y la lleva a término con los felices resultados por él calculados. En Chile se le ofrece el más alto cargo civil y lo rehusa porque "su misión" es la de libertar pueblos; y si accede a ello en el Perú, no lo hace por ambición de mando, sino porque circunstancias muy especiales se lo imponen: nunca ambicionó el mando por el mando mismo.

Su ideal era la libertad de los pueblos americanos, y a su conseguimiento subordinó todos los actos de su vida, y no vaciló en sacrificarle hasta su propia gloria.

La crisis del año XX puso a San Martín en un serio conflicto. Al llamado del Director Supremo para que le envie las fuerzas de su mando, desobedece porque está convencido que, acatando la orden, esas fuerzas se habrían perdido, envueltas en las disensiones internas: "la causa emancipadora era primordial".

En la conferencia de Guayaquil se encuentran los dos libertadores San Martín y Bolivar. Ambos luchan por la misma causa: pero existe el peligro de graves desavenencias que la hagan malograr. San Martín ofrece ponerse a las órdenes de Bolivar, pero no siéndole aceptado este sacrificio, resuelve, después de madura reflexión, eliminarse y abandonar a Bolivar la tarea de la conclusión de la guerra y la gloria consiguiente.

San Martín se alejó del escenario de la guerra, definitivamente, sin guardar envidias ni rencores, ofreciendo al mundo el ejemplo sublime de inmolarse en holocausto a la gran "causa libertadora".

Desde su destierro, antes de morir consignó esta manifestación de última voluntad: "Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires".

Nació en Yapeyú el 23 de febrero de 1778 y murió en Boulogne-Sur-Mer (Francia), el 17 de agosto de 1850.

LECCION DE INSTRUCCION CIVICA

DERECHOS DE IGUALDAD

Todos los hombres han sido creados iguales.

Ante la naturaleza y ante las leyes, gozamos todos de los mismos derechos como estamos sujetos a los mismos deberes.

Un hombre no puede caminar por el agua ni volar por los aires, luego debe serle permitido andar sobre la superficie de la tierra. Tiene necesidad de alimentar su cuerpo para poder vivir, crecer y desarrollarse.

Necesita hablar para ponerse en contacto con los demás, y debe serle también permitido trabajar, instruirse y satisfacer las demás exigencias indispensables para cumplir sus deberes y gozar de sus derechos.

Justo es entonces que reconozca en los demás idénticas condiciones de vida e iguales medios para satisfacerlas lícitamente.

La posesión por todos los hombres de los mismos derechos y deberes, se llama igualdad.

La Constitución Argentina reconoce a los habitantes de la Nación los mismos derechos civiles, trabajar, ejercer toda industria lícita, navegar y comerciar, peticionar a las autoridades, profesar libremente su religión, enseñar y aprender, etcétera.

Todos son iguales ante la ley, ya sea cuando la ley castiga, cuando premia o cuando protege.

Todos son igualmente admisibles a los empleos públicos, sin que se deba tener en cuenta otra condición que la competencia y honradez para desempeñarlos bien.

La Nación necesita rentas para pagar a los empleados y propender a la defensa del país, a su adelanto y progreso, a cuyo fin establece impuestos y cargas públicas. Esos impuestos y esas cargas están basadas en la igualdad, lo cual quiere decir que cada uno tiene que contribuir de acuerdo con su fortuna, y no que los ricos paguen lo mismo que los pobres porque esto sería injusto.

Lo mismo acontece con las demás disposiciones de la ley argentina, ya sea cuando impone obligaciones, ya cuando asegura derechos.

Por consiguiente, en nuestro país existe para todos los habitantes la igualdad ante la ley.

(Del libro Instrucción Cívica, de Ernesto A. Escobar Bavio y Juan V. Ceballos).

UNA TRAVESURA

MAMA ha salido... ¡Mágicas palabras que tienen el poder de mejorar a Arturín de un dolor de cabeza fantástico, pretexto para no ir a la escuela, y de sugerirle una idea que él conceptúa luminosa: aunque sobre este asunto, habría que escuchar la opinión de la mamá.

Vístese corriendo, tira a un rincón el pañuelo que ataba su cabeza y se va en busca de Lili y Titita, sus dos hermanas, ante quienes expone aquella idea. Esta se aprueba por unanimidad. Trátase nada menos que de llevar un ataque a la despensa, en donde mamá guarda un tarro de dulce exquisito. Falta saber dónde estarán las llaves... Busca de aquí, busca de allá, al fin Titita acaba de descubrirlas en la tabla alta de un armario y los tres chicos, burlando la vigilancia de la cocinera, un Argos temible, se encaminan con todo sigilo a la despensa.

¡Chirrrr...! ¡Diablo de llave, cómo suena! Lili mira hacia atrás, temerosa... Pero gracias, no a Dios, sino al Diablo, porque éste es el que ayuda a los niños malos, nadie ha oído nada.

Se abre la puerta y se vuelve a cerrar, quedando dentro de la habitación que está muy obscura, los tres hermanos.

—No veo nada, dice Arturín.

—¿Habrá ratones, gime la afligida Lili.

—El dulce debe estar en la segunda tabla, dice Titita.

Avanzando con toda precaución, Arturín procura orientarse. El sabe que la alacena está a la derecha.. De pronto ¡pum!... Su cabeza ha chocado con algo, y lo malo es que ha chocado tan fuerte que a Arturín se le saltan las lágrimas. Pero, hombre al fin y al cabo, quiere dar ejemplo de valor a las señoras, y ante las insistentes preguntas de Lili y Titina, dice:

—No es nada... no es nada..

Pero allá en sus adentros piensa:

—¡Qué chichón voy a tener mañana!

El avance continúa... Al fin, ahí está la alacena. Arturín la reconoce al tanteo... Abre la puerta de tela metálica, pero es inútil que se empine y haga esfuerzos. No logra alcanzar la tabla.

—Yo te ayudaré, dice Titita. Y entre ella y Lili forman la "silla de la reina" para que Arturín se suba.

Pero apenas éste se ha encaramado y está tocando los tarros para ver cuál es el que contiene el dulce, Lili grita:

—¡Me haces daño!... ¡Bájate o suelto!

—¡No seas tonta... aguántate... ya voy a sacar el tarro! responde Arturín.

Pero Lili suelta las manos, Titita quiere sujetar a Arturín y éste, viéndose falto de apoyo se agarra a la alacena.

UN BONITO ENTRETENIMIENTO



Córtese a lo largo del borde y córtese por la línea de X a X. Así se consigue la figura No. 1; después, volviendo el botón de arriba, en el lugar que enseña la señal, puede conseguir una nueva figura. Dé otra vuelta con el botón de arriba y sale una tercera. Vuelva a la primera figura y dándola vuelta de abajo en la misma forma, saldrán dos más. Por último, vuelta a la primera, y haga que la tapa y el botón se encuentren en el centro, y se conseguirá la sexta.

Ciencias físico-naturales

Cuarta Clase de los Vertebrados

BATRACIOS

Los batracios o anfibios, como también suele llamárseles por el hecho de vivir en la tierra y en el agua, son animales de piel desnuda y cuatro extremidades terminadas en dedos sin uñas, respiran por branquias en su primera edad y lleva el nombre de renacuajos; pero una vez crecidos, su respiración, en la mayoría de las especies, es pulmonar.

METAMORFOSIS DE UN SAPO



o: Parte de la ristra de huevos; oo: Huevo algo aumentado; l: cinco larvas pequeñas, de tamaño natural la: Larva juvenil, con branquias y fosetas adhesivas; lb: larva más desarrollada con intestino espiral; lc: Larva con las patas posteriores y anteriores desarrolladas; i: imagen o sapo juvenil con la cola atrofiada; s: sapo completamente desarrollado.

Se alimentan de presas vivas.

Los batracios se dividen en tres grupos:

1o.—Animales desprovistos de cola, como los sapos y las ranas.

2o.—Los que tiene cola, como las salamandras, los proteos y las sirenas.

3o.—Las cecilias, sin miembros aparentes.

En nuestro país representan a los batracios:

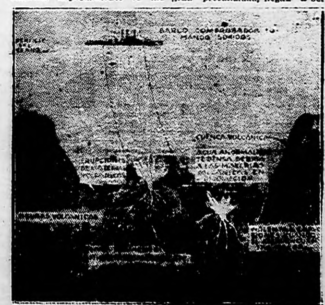
El sapo, con su cuerpo cubierto de verrugas, de las que sale un humor viscoso, que obra a manera de cáustico sobre la piel del que los toca cuando están enojados, pero que no es venenoso. Vive en lugares sombríos y húmedos, en los huecos de los muros, o bajo las piedras. Después de las lluvias, salen en cantidad de sus escondrijos. Puede pasar mucho tiempo sin comer. El sapo debería ser protejido por los jardineros, porque es un gran destructor de insectos.

La rana, de menor tamaño que el sapo, tiene, como él, cuatro extremidades y carece de cola. En tierra se mueve a saltos, porque sus patas traseras son más grandes que las delanteras. Es muy incómoda en verano por su canto monótono.

Vive en los mismos lugares que el sapo y se alimenta de larvas, insectos y gusanos, por lo cual es muy útil. Algunas personas la comen y aseguran que es un plato delicado.

VOLCANES MARITIMOS

Formidables infiernos submarinos donde titánicas masa de agua encuentran los fuegos del interior de la tierra, han sido descubiertos y descriptos por M. J. Thaulet, de la Academia de Ciencias Francesa. Especialmente en las



regiones del Norte del Atlántico, se comprueban a menudo estas profundas actividades que arrojan cantidades de materia volcánica.

En esas regiones Mr. Thaulet ha comprobado multitud de hechos y llegado a conclusiones curiosas. Comprobó los sonidos observadores a bordo del Challenger en su reciente expedición oceanográfica alrededor del mundo. Comprobó que ciertos materiales en solución en el agua del mar, a gran profundidad, llegan a ser más densos en ciertas regiones que en otras. Esta densidad no normal, pensó, puede explicarse solamente por la existencia de volcanes submarinos que arrojan las materias que se descubren en el agua.

ALGUNOS INVENTOS Y SUS INVENTORES



Parmentier (Antonio Agustín)



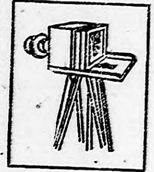
Nació en Montdidier (Francia), en 1737. Prestó sus servicios al Ejército como farmacéutico en Hanover y en los Inválidos, y después fué nombrado inspector general del servicio sanitario del Ejército. Se le debe el cultivo de la patata, planta importada del Perú a Europa a comienzos del siglo XVI, mirada con prevención por el público por considerársele perniciosa. Estudió también el cultivo de las plantas que podrían substituir al trigo, como el maíz y la castaña. Perfeccionó los sistemas de panificación y propagó el jarabe de raíces. Escribió numerosas obras sobre agricultura y farmacia. Murió en 1813.



Niepce (José Nicéforo)



Químico francés nacido en 1765. En su juventud fué militar, profesión que tuvo que abandonar por su mala salud. Asociado con su hermano Claudio, ideó el pireolóforo, construyó una bomba hidrostática y perfeccionó el procedimiento de cultivo de la hierba pastel y de extracción de su materia colorante. Dedicado luego a la litografía substituyó la piedra por hojas de estaño, y consiguió fijar sobre ellas las imágenes de la cámara oscura por la acción de la luz. Por esto puede ser considerado como el inventor de la fotografía. Murió pobre e ignorado en 1833, y Daguerre aprovechó y perfeccionó su invento.



Chappe (Claudio)



Eclesiástico e ingeniero francés. Nació en 1763. Se dedicó al estudio de la mecánica, de la física experimental y de los fenómenos eléctricos. Junto con sus hermanos empezó el estudio de la transmisión regular y rápida de la palabra a distancia. En 1792 presentó su sistema de telégrafo óptico, y bajo su dirección se instalaron un sinfín de líneas al servicio del ejército, de la Política, del Estado y del público. Después de su muerte sus hermanos perfeccionaron su invento. Murió en 1805.



Papin (Dionisio)

Célebre físico francés; nació en Blois en 1647. Estudió primero la Medicina, se doctoró en París en esta facultad y ejerció por algunos años su profesión. Se apasionó luego por las matemáticas y la Física y se trasladó a Inglaterra y luego a Alemania, donde se encargó de la cátedra de matemáticas de Hesse. Fué quien primero aplicó la fuerza expansiva del vapor como fuerza motriz en su "máquina atmosférica". Construyó su digestor y su célebre marmita para calentar el agua a más de 100 grados por medio de la presión. Inventó también la válvula de seguridad. Murió hacia el 1714.



Tiro al Blanco con Agujas

Dibujado el blanco sobre una puerta, tírese con agujas desde una distancia de unos dos metros.

Claro está que con agujas sueltas será muy raro que alguna llegue a clavarse, pero bastará



enhebrarla con un hilo, para que retrasándose éste en el movimiento por la resistencia del aire, las agujas den siempre de punta y en su mayoría se claven. Las hebras actúan como las plumas de una flecha.

NOTAS BREVES

Cerca del 98 por 100 de los habitantes de China son analfabetos.

• • •

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

• • •

El elefante es el único representante viviente del prehistórico mamut.

• • •

Toda el agua del mar contiene oro, pero en cantidades tan pequeñas que todavía no se ha descubierto ningún procedimiento para aprovecharlo.

• • •

Se ha abolido la esclavitud en el estado independiente de los Gurkas, al Norte de la India, gracias a la actividad que en ese sentido ha desarrollado el Maharajah. El importe de la compra de los esclavos se elevaba a nueve millones de pesetas.

• • •

Entre los indígenas del Tibet es costumbre, cuando se tienen invitados, atarse la lengua como prueba de respecto.

• • •

En el Brasil no se trabaja durante el año unos ciento veinte días, porque son domingos o días de fiesta.

• • •

Se está llevando a cabo una gran campaña educativa en las Filipinas, que tiene por objeto acabar totalmente con el analfabetismo en cinco años.

• • •

El promedio de la vida de un árbol es de 200 a 300 años; hay algunas clases que viven hasta 2.000 años.

• • •

La lluvia diaria de la tierra se eleva a cerca de 16 millones de toneladas por segundo.

Leyenda de las Tres [...]

Por WASHINGTO[N ...]

CIERTA tarde, subiendo el estrecho barranco poblado de higueras, granados y mirtos que divide la jurisdicción de la fortaleza de la Alhambra de la del Generalife, quedó sorprendido ante la poética vista de una torre morisca que se alzaba en el recinto exterior de la Alhambra, encima de las copas de los árboles, y recibía los rojos reflejos del sol poniente. Un solitario ajimez a gran altura permitía ver el panorama del valle, y cuando estaba mirándolo se asomó una joven con la cabeza adornada de flores. Era, sin duda, alguna persona más distinguida que el vulgo que habita en las viejas torres de la fortaleza, y esta súbita y repentina aparición me hizo recordar las descripciones de las cautivas beldades, de los cuentos de hadas. Estas caprichosas inspiraciones crecieron de punto cuando me explicó mi "cicerone" Mateo que aquella era la "Torrer de las Infantas", llamada así —según la tradición — por haber sido la morada de las hijas de los reyes moros. Visité después esta torre, que no se enseña generalmente a los extranjeros, aunque es digna de toda atención, pues su interior es, semejante en belleza arquitectónica y delicadeza ornamental a cualquier departamento del Palacio. La elegancia de su salón central, con su fuente de mármol, sus elevados arcos y sus cupulinos primorosamente cincelados, y los arabescos y vaciados en estuco de sus reducidas y bien proporcionadas habitaciones, aunque deterioradas por el tiempo y el abandono, todo concuerda con la historia, que la presenta como la antigua vivienda de la hermosura real.

La viejecita Reina Coquina, que vivía debajo de la escalera de la Alhambra y que asistía a las tertulias nocturnas de doña Antonia, contó una fantástica tradición sobre tres moriscas princesas que estuvieron encerradas cierta vez en esta torre por su padre, que era un tiránico rey de Granada y que sólo les permitía pasear a caballo de noche por las montañas, prohibiendo bajo pena de muerte, que ninguno les saliese al camino.

—Todavía —decía la viejecita — se las ve de vez en cuando durante la luna llena, cabalgando en las montañas por sitios solitarios, en palafrenes ricamente enjaezados y resplandecientes de joyas, pero desaparecen cuando se les dirige la palabra.

Pero antes de que relate algo acerca de estas princesas, el lector estará ansioso por saber quién era la hermosa habitante de la torre, la de la cabeza adornada de flores que miraba hacia el valle desde el elevado ajimez. Supe que era una recién casada con el digno ayudante mayor de los inválidos, el cual, aunque bien entrado en años, había tenido el valor de compartir su hogar con una joven y vivaracha andaluza. ¡Quiera Dios que el bueno y anciano caballero haya sido feliz en su elección, y que haya encontrado en la Torre de las Infantas un refugio más seguro que lo fué para la hermosura femenina habitadora de ella en tiempo de los moros, si hemos de dar crédito a la siguiente leyenda!

* * *

En tiempos antiguos reinaba en Granada un príncipe moro llamado Mohamed, al cual sus vasallos le daban el sobrenombre de "El Haygari", esto es, "El Zurdo". Se dice que le apellidaron de este modo por ser realmente más ágil en el uso de la mano izquierda que de la derecha; otros afirman que se lo aplicaron porque solía hacer al "revés" todo aquello en que ponía mano, o más claro; porque solía echar a perder todos los asuntos en que se entrometía. Lo cierto es que, ya por desgracia o por falta de tacto, estaba continuamente sufriendo mil contrariedades; tres veces lo destronaron, y en una de ellas pudo escapar milagrosamente al Africa, salvándose de una muerte segura, disfrazado de pescador. Sin embargo, era tan valiente como desatinado, y, aunque zurdo, esgrimía su cimitarra con maravillosa destreza, por lo que consiguió recuperar su trono a fuerza de pelear.

Pero en vez de aprender a ser prudente en la adversidad, se hizo obstinado y endureció su brazo izquierdo en sus continuas terquedades. Las calamidades públicas que atrajo sobre sí y sobre su reino pueden conocerse leyendo los anales arábigos de Granada, pues la presente leyenda no trata más que de su vida privada.

Paseando a caballo cierto día Mohamed, con gran séquito de sus cortesanos, por la falda de Sierra Elvira, tropezó con un piquete de caballería que regresaba de hacer una escaramuza en el país de los cristianos. Conducían una larga fila de mulas cargadas de botín y multitud de cautivos de ambos sexos. Entre las cautivas venía una cuya presencia causó honda sensación en el ánimo del Sultán; era ésta una hermosa joven, ricamente vestida, que iba llorando sobre un pequeño palafrén, sin que bastaran a consolarla las frases que le dirigía una dueña que la acompañaba.

—¿Y no pudiérais, madre, procurarnos el que viésemos a esos nobles caballeros?—perguntó Zayda.

Prendóse el monarca de su hermosura, e interrogado acerca de ella el jefe de la fuerza, supo el rey que era la hija del alcalde de una fortaleza fronteriza que habían sorprendido y saqueado durante la excursión. Mohamed pidió la bella cautiva como la parte que le correspondía de aquel botín, y la llevó a su harén de la Alhambra. Se inventaron en vano mil diversiones para distraerla y aliviarla de su melancolía; por último, el monarca, cada vez más enamorado de ella, resolvió hacerla su sultana. La joven española rechazó en un principio sus proposiciones, pensando en que al fin era moro, enemigo de su país, y, lo que era peor, ¡que estaba bastante entrado en años!

Viendo Mohamed que su constancia no le servía gran cosa, determinó atraerse a la dueña que venía prisionera con la joven cristiana. Era aquella andaluza de nacimiento y no se conoce su nombre cristiano, sólo se sabe que en las leyendas moriscas se la denomina "La discreta Kadiga —¡y en verdad que era discreta, según resulta de su historia!— Apenas el rey moro se puso al habla con ella, cuando vió su habilidad para persuadir, y le confió el emprender la conquista de su joven señora. Kadiga comenzó su tarea de este modo.

—¡Idos allá...! —decía a su señora.— ¡A qué viene ese llanto y esa tristeza? ¿No es mejor ser sultana de este hermoso palacio adornado de jardines y fuentes, que vivir encerrada en la vieja torre fronteriza de vuestro padre? ¿Qué importa que Mohamed sea infiel? Os casáis con él, no con su religión, y se os un poquito viejo, mas pronto os quedaréis viuda y dueña de vuestro albedrío; y, puesto que de todas maneras tenéis que estar en su poder, más vale ser princesa que no esclava. Cuando uno cae en manos de un ladrón, mejor es venderle las mercancías a buen precio que no dar lugar a que las arrebate por fuerza.

Los argumentos de la dicreta Kadiga hicieron su efecto. La joven española enjugó su lágrimas y accedió al fin a ser esposa de Mohamed el Zurdo, adoptando, al parecer, la religión de su real esposo, así como la astuta dueña afectó haberse hecho fervorosa partidaria de la religión mahometana; entonces precisamente fué cuando tomó el nombre arábigo de Kadiga y se le perimitió permanecer como persona de confianza al lado de su señora.

Andando el tiempo, el rey moro fué padre de tres hermosísimas princesas, habidas en un mismo parto; y, aunque él hubiera preferido que nacieran varones, se consoló con la idea de que sus tres preciosas niñas eran bastante hermosas para un hombre de su edad, y por añadidura, zurdo.

Siguiendo la costumbre de los califas musulmanes, convocó a sus astrólogos para consultarles sobre tan fausto suceso. Hecho por los sabios el horóscopo de las tres princesas, dijeron al rey, moviendo la cabeza: "Las hijas, ¡oh, rey!, fueron siempre propiedad poco segura; pero estas necesitarán mucho más de tu vigilancia cuando estén en edad de casarse. Al llegar ese tiempo, recógelas bajo tus alas y no las dad de la discreta Kadiga.

Mohamed el Zurdo era tenido entre sus cortesanos por un rey sabio, y, a decir verdad, tal se consideraba él mismo. La predicción de los astrólogos no le causó más que una ligera inquietud, y confió en su ingenio para guardar sus hijas y contrarjar la fuerza de los hados.

El triple nacimiento fué el último trofeo conyugal del monarca, pues la reina no dió a luz más hijos, y murió pocos años después, dejando confiadas sus tiernas niñas al amor y fidelidad e la discreta Kadiga.

Muchos años tenían que pasar para que las princesas llegasen a la edad del peligro: a la edad de casarse. "Es bueno, con todo, precaverse con tiempo", dijo el astuto monarca; y, en su virtud, resolvió encerrarlas en el castillo real de Salobreña. Era éste un suntuoso palacio incrustado en una inexpugnable fortaleza morisca situada en la cima de una montaña, desde la que se dominaba el mar Mediterráneo, sirviendo de regio retiro, donde los monarcas musulmanes encerraban a los parientes que les estorbaban, permitiéndoles, fuera de la libertad, todo género de comodidades y diversiones, en medio de las cuales pasaban sus días en voluptuosa indolencia.

Allí permanecieron las princesas separadas del mundo, pero rodeadas de comodidades y servidas por esclavas que les adivinaban todos sus deseos. Tenían para su recreo deliciosos jardines llenos de las frutas y flores más raras, con árboles aromáticos y perfumados baños. Por tres lados daba vistas el castillo a un delicioso valle, hermoso y alegre por su rica y variada vegetación, y limitado por las altas montañas de la Alpujarra; y por el otro lado dominaba el ancho y resplandeciente mar.

En esta deliciosa morada, gozando de un clima plácido y bajo un cielo despejado, las tres princesas crecieron con maravillosa hermosura; y aunque todas se educaron del mismo modo, daban ya señales prematuras de su diversidad de carácter. Se llamaban Zayda, Zorayda y Zorahayda, y éste era su orden por edades, pues habían tenido tres minutos de intervalo al nacer.

Zayda, la mayor, era de espíritu intrépido, y siempre se ponía al frente de sus hermanas para todo: lo mismo que hizo al nacer. Era curiosa, y preguntona, y amiga de profundizar el porqué de todas las cosas.

Zorayda era apasionada de la belleza, por cuya razón, sin duda, se deleitaba mirando su propia imagen en un espejo o en las cristalinas aguas de una fuente, y tenía delirio por las flores, por las joyas, por todos aquellos adornos que realzaran la hermosura.

En cuanto a Zorahayda, la menor, era dulce, tímida y extremadamente sensible, derramando siempre ternura, como se podía apreciar, a primera vista, por las innumerables flores, pájaros y otros animalitos domésticos que cuidaba con el más entrañable cariño. Sus diversiones eran sencillas, mezcladas con meditaciones y ensueños; se sentaba horas enteras en un ajimez, fija la mirada en las brillantes estrellas de una noche de verano o en el mar rielado por la luna; y entonces, la canción de un pescador, débilmente oída desde la playa, o los acordes de una flauta morisca desde alguna barca que cruzaba, eran suficientes para extasiar su ánimo. Sin embargo, bastaba para acobardarla el que se conjurasen los elementos, haciéndola caer desmayada el estampido del trueno.

Así pasaron los años tranquila y dulcemente. La discreta Kadiga, a quien las princesas estaban confiadas, cumplía lealmente su custodia y las servía con perseverante cuidado.

El castillo de Salobreña, como ya se ha dicho, estaba construído en la cúspide de una colina a orillas del Mediterráneo. Una de las murallas exteriores se extendía por la base de una colina hasta llegar a una roca saliente que dominaba el mar, y con una estrecha playa arenosa al pie, bañada por las rizadas olas. La pequeña atalaya que se levantaba sobre esta roca se había convertido en una especie de pabellón, desde cuyos ajimeces, cubiertos con celosías, se podía aspirar la brisa del mar. En aquel sitio pasaban las princesas las calurosas horas del mediodía.

Hallándose en una ocasión sentada la curiosa Zayda en una de las ventanas del pabellón, mientras que sus hermanas dormían la siesta recostadas en otomanas, se fijó en una galera que venía costeando a mesurados golpes de remo. Cuando se fué acercando, observó que venía llena de hombres armados. La galera ancló al pie de la torre, y un pelotón de soldados moriscos desembarcó en la estrecha playa conduciendo varios prisioneros cristianos. La curiosa Zayda despertó inmediatamente a sus hermanas y las tres se pusieron a observar cautelosamente por la espesa celosía de la ventana, que las libertaba de ser vistas. Entre los prisioneros venían tres caballeros españoles ricamente vestidos; estaban en la flor de su juventud, y eran de noble presencia; además, la arrogante altivez con que caminaban, aunque cargados de cadenas y rodeados de enemigos, manifestaba la grandeza de sus almas. Las princesas miraban con profundo y anhelante interés; y, si se tiene en cuenta que vivían encerradas en aquel castillo, rodeadas de siervas y no viendo más hombres que los esclavos negros y los rudos pescadores, ¿cómo ha de extrañarnos que produjera una gran emoción en sus corazones la presencia de aquellos aquellos tres caballeros radiantres caballeros radiantes de juventud y de varonil belleza?

—¿Habrá en la tierra ser más noble que aquel caballero vestido de carmesí? — dijo Zayda, la mayor de las tres hermanas—. ¡Mirad qué arrogante va, como si todos los que le rodean fuesen sus esclavos!

—¡Fijáos en aquel otro, vestido de azul! — exclamó Zorayda —. ¡Qué hermosura! ¡Qué elegancia! ¡Qué porte!

La gentil Zorahayda nada dijo; pero perfirió en su interior al caballero vestido de verde.

Las princesas siguieron observando hasta que perdieron de vista a los prisioneros; entonces, suspirando tristemente, se volvieron mirándose un momento unas a otras, sentándose, meditabundas y pensativas, en sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en tal actitud. Contáronle ellas lo que habían visto, y aún el apagado corazón de la dueña se sintió también conmovido.

—¡Pobres jóvenes! —exclamó. ¡Apostaría que su cautiverio deja presa del más profundo dolor el corazón de algunas damas principales de su país! ¡Ah, hijas mías! No tenéis una idea de le vida que hacen estos caballeros en su patria. ¡Qué justas y torneos! ¡Qué respeto a sus damas! ¡Qué modo de enamorar y de dar serenatas!

La curiosidad de Zayda se acrecentó en extremo, y no se cansaba de preguntar ni de oir de los labios de la dueña la animada pintura de los episodios de sus días juveniles allá en su país. La hermosa Zorayda se reprimía, y se miraba disimuladamente en un espejo cuando la conversación recayó sobre los encantos de las damas españolas; en tanto que Zorahayda ahogaba sus suspiros cuando oía contar lo de las serenatas a la luz de la luna.

Todos los días renovaba sus preguntas la curiosa Zayda, y todos los días repetía sus his-



...las hermosas princesas se afianzaron- [...] tian es...

...s Hermosas Princesas

...NGTON IRVING

torias la madura dueña, siendo escuchada por su bello auditorio con profundo interés y entrecortados suspiros.

Al fin, la vieja astuta cayó en la cuenta del daño que acaso estaba ocasionando: ella se había acostumbrado a tratar a las princesas como niñas, sin considerar que insensiblemente habían ido creciendo, y que tenía ya delante de sí tres hermosísimas jóvenes casaderas. "Ya es tiempo — pensó la dueña — de avisar al rey."

Hallábase sentado cierta mañana Mohamed el Zurdo sobre un amplio diván en uno de los frescos salones de la Alhambra, cuando llegó un esclavo de la fortaleza de Salobreña con un mensaje de la prudente Kadiga felicitándole en el cumpleaños del natalicio de sus hijas. Al mismo tiempo le presentó el esclavo una delicada cestita adornada de flores, y en la cual, sobre pámpanos y hojas de higuera, venían un melocotón, un albaricoque y un prisco, cuya frescura, color y madurez tentaban el apetito. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las flores y las frutas, adivinó al punto el significado de esta emblemática ofrenda.

—Ya ha llegado —dijo— el periodo crítico señalado por los astrólogos: mi hijas están en edad de casarse. ¿Qué haré? Están ocultas a las miradas de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga; todo marcha bien; pero no están bajo mi vigilancia, como me previnieron los astrólogos; debo, pues, recogerlas bajo mis alas y no confiarlas a nadie.

Así diciendo, ordenó que prepararan una de las torres de la Alhambra para que les sirviese de vivienda, y partió a la cabeza de sus guardias hacia la fortaleza de Salobreña, para traerlas él mismo en persona.

Habían transcurrido tres años desde que Mohamed había visto por última vez a sus hijas, y no daba crédito a sus ojos contemplando el maravilloso cambio que se había verificado en ellas en tan breve espacio de tiempo; como que en este intervalo habían traspasado las infantas esa asombrosa línea divisoria de la vida de la mujer, que separa a la imperfecta, informe y desimpresionada niña, de la exuberante, ruborosa y pensativa adolescente, que es lo mismo que pasar de los áridos y desiertos **Llanos de la Mancha** a los voluptuosos valles y florecientes montañas de Andalucía.

Zayda era alta y bien formada, de arrogante presencia y ojo perspicaz. Entró majestuosamente e hizo una profunda reverencia a Mohamed, tratándolo más bien como soberano que como padre. Zorayda era de regular estatura, mirada interesante, carácter agradable y sorprendente hermosura, realzada con la perfección de su tocado. Se acercó a su padre sonriendo, besándole la mano, y le saludó con varias estancias de cierto poeta árabe popular, de lo cual quedó contentísimo el monarca. Zorahayda era reservada y tímida, menos esbelta, en verdad, que sus hermanas; pero poseía esa hermosura tierna y suplicante que busca cariño y protección. No tenía condiciones de mando como su hermana la mayor, ni deslumbraba como la segunda, sino que había nacido para alimentar en su pecho el cariño de un amante, para dejarlo anidar en él, y vivir con ello feliz. Se acercó a su padre con paso tímido y casi vacilante, en ademán de tomar su mano para besarla; pero al mirar el rostro de Mohamed, resplandeciendo con la sonrisa paternal, dió rienda suelta a su natural ternura y se arrojó a su cuello amorosamente.

Mohamed el Zurdo contempló a sus hijas con cierta mezcla de orgullo y perplejidad, y mientras se complacía en sus encantos recordaba la predicción de los astrólogos.

—¡Tres hijas! ¡Tres hijas! — murmuró repetidas veces, — y las tres casaderas! ¡He aquí una fruta tentadora del jardín de las Hespérides, que necesitan un dragón para guardarlas!

Preparó su regreso a Granada, enviando a la descubierta heraldos y ordenando que nadie transitase por el camino por donde tenían que pasar, y que todas las puertas y ventanas estuviesen cerradas al aproximarse las princesas. Prevenido todo esto, se puso en marcha, escoltado por un escuadrón de caballería de soldados negros y de horrible aspecto, vestidos con una brillante armadura.

Las princesas cabalgaban junto al rey, tapadas con tupidos velos, en hermosos palafrenes blancos con arreos de terciopelo bordados en oro que arrastraban hasta el suelo; los bocados y estribos eran asimismo de oro, y las bridas de seda recamadas de perlas y piedras preciosas. Los palafrenes estaban cubiertos de campanillas de plata, que producían una música muy agradable cuando iban andando. Pero ¡ay del desgraciado mortal que estuviese en el camino cuando se oyese el sonido de estas campanillas! Los guardias tenían orden de darle muerte sin piedad.

Ya se aproximaba la cabalgata a Granada, cuando se vió en uno de los bancos de la ribera del Genil un pequeño cuerpo de soldados, que conducían un convoy de prisioneros. Ya era demasiado tarde para que se apartaran aquellos hombres del camino; por lo cual se echaron los soldados al suelo con los rostros mirando a la tierra, y ordenaron a los cautivos que hicieran lo mismo. Entre los prisioneros se hallaban aquellos tres apuestos caballeros que las princesas habían visto desde el pabellón. Ya porque no hubieran comprendido la orden o porque fueran demasiado altivos para obedecerla, lo cierto es que permanecieron en pie, contemplando la cabalgata que se aproximaba.

Encendióse el monarca de ira viendo que no se cumplía sus mandatos, y desenvainando su cimitarra y adelantándose hacia ellos, iba a esgrimirla con su brazo zurdo, golpe que hubiera sido fatal por lo menos para uno de los caballeros, cuando las princesas le rodearon e imploraron piedad para los prisioneros; y hasta la tímida Zorahayda olvidó su reserva y tornóse elocuente en su favor. Mohamed se detuvo con la cimitarra levantada, cuando el capitán de la guardia le dijo arrojándose a sus pies:

—No ejecute vuestra majestad una acción que escandalizaría a todo el reino. Estos son tres bravos y nobles caballeros españoles, que han caído prisioneros en el campo de batalla, batiéndose como leones; son de alto linaje y pueden ser rescatados a buen precio.

—¡Basta! —dijo el rey—. Les perdonaré la vida, pero castigaré su audacia; que los lleven a las Torres Bermejas, y que los entreguen a los trabajos más duros y penosos.

Entre los prisioneros venían tres caballeros españoles ricamente vestidos...

Mohamed estaba cometiendo uno de sus acostumbrados desatinos **zurdos**, pues con el tumulto y agitación de esta borrascosa escena, dió lugar a que se levantaran los velos las tres princesas, dejando a la vista su radiante hermosura; y con prolongar el rey la conferencia, proporcionó ocasión para que la belleza produjera sus estragos. En aquellos tiempos la gente se enamoraba más repentinamente que ahora, como demuestran las antiguas historias; por consiguiente, no debe chocarnos que los corazones de los tres caballeros quedasen completamente cautivados, sobre todo cuando la gratitud se unía a la admiración. Es, sin embargo, bastante singular, aunque no menos cierto, que cada uno de ellos se enamoró precisamente de la joven que respectivamente le correspondía. En cuanto a las princesas, se admiraron más que nunca del noble porte de los cautivos, regocijándose interiormente de cuanto habían oído acerca de su valor y noble linaje.

La regia cabalgata prosiguió su marcha; las tres princesas caminaban pensativas en sus soberbios palafrenes, y de vez en cuando dirigían una mirada furtiva hacia atrás, para ver a los cristianos cautivos, mientras éstos eran conducidos a la prisión que se les había destinado en las Torres Bermejas.

La residencia preparada para las infantas era de lo más escrupuloso y delicado que podía imaginar la fantasía: una torre algo apartada del palacio principal de la Alhambra, aunque comunicaba con él por la muralla que rodeaba la cumbre de la colina. Por un lado daba vistas al interior de la fortaleza, y al pie tenía un pequeño jardín poblado de las flores más peregrinas. Por otro lado dominaba a una honda y abovedada cañada que separaba los terrenos de la Alhambra de los del Generalife.

El interior de esta torre estaba dividido en pequeños y lindos departamentos, lujosamente decorados en elegante estilo árabe, y rodeando a un vasto salón cuyo techo se elevaba casi hasta lo alto de la torre. Las paredes y artesonados hallábanse adornados con calados y arabescos que deslumbraban con sus dorados y brillantes pinturas. En el centro del pavimento de mármol había una fuente de alabastro rodeada de flores y hierbas aromáticas, y de la cual brotaba un surtidor de agua que refrescaba todo el edificio, produciendo un sonido arrullador. Alrededor del salón se veían suspendidas algunas jaulas formadas con alambres de oro y plata, y encerrados en ellas pajarillos de preciosísimos plumajes, que despedían gorjeos y trinos armoniosos.

Las princesas se habían mostrado de genio alegre en el castillo de Salobreña, por lo cual el rey esperaba verlas entusiasmadas en la Alhambra. Pero con gran sorpresa suya, empezaron a languidecer y a tornarse melancólicas, no manifestándose nunca satisfechas con nada. No les deleitaba la fragancia de las flores; el canto de los ruiseñores les turbaba el sueño por la noche; y por último, no podían soportar con paciencia el continuo murmullo de la fuente de alabastro desde por la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana.

El rey, que era de carácter vidrioso y tiránico por temperamento, se irritaba por esto los primeros días; pero reflexionó después que sus hijas habían entrado ya en la edad en que el alma de la mujer se ensancha y se aumentan sus deseos. "Ya no son niñas — se dijo —; ya son mujeres formadas, y necesitan objetos que les llamen la atención." Llamó, por lo tanto, a las modistas, los joyeros y los artistas en oro y plata del Zacatín de Granada, y abrumó a las princesas con vestidos de seda, de tisú y brocados, chales de Cachemira, collares de perlas y diamantes, anillos, brazaletes y con toda clase de objetos preciosos.

A pesar de todo esto, nada dió resultado: las princesas siguieron pálidas y tristes en medio de tanto lujo y suntuosidad, y parecían tres capullos marchitos agostándose en un mismo tallo. El rey no sabía qué hacerse, y como tenía gran confianza en su propia manera de pensar, jamás pedía a nadie consejo. "Los antojos y caprichos de tres doncellas casaderas son en verdad cosa harto suficiente —se decía a sí mismo— para poner en un aprieto al hombre más avisado." Así, pues, por primera vez en su vida, pidió que le iluminaran con un consejo. La persona a quien se dirigió demandándoselo fué la experimentada dueña.

—Kadiga —dijo el rey—: creo que eres una de las mujeres más discretas del mundo entero, y también que me eres fiel; por lo cual te he tenido siempre al lado de mis hijas. Los padres no deben ser reservados con aquellos en quienes depositan su confianza; deseo, por lo tanto, que averigües la secreta enfermedad que se ha apoderado de las princesas, y que descubras los medios de devolverles la salud y la alegría.

Kadiga, en términos explícitos, le prometió obediencia. Ella conocía mejor que las infantas mismas la enfermedad de que adolecían, y encerrándose con ellas, procuró ganar su confianza.

—Mis queridas niñas: ¿qué razón hay para que os mostréis tristes y apesadumbradas en un sitio tan delicioso como éste, y donde tenéis todo cuanto el alma puede desear?

—¿Qué más queréis? ¿Por ventura quisiérais que os trajera el admirable loro que habla todas las lenguas y que hace las delicias de Granada?

—¡No! ¡No! — exclamó la princesa Zayda. Ese es un pájaro horrible y vocinglero, que charla sin tener idea de lo que dice; es menester no tener sentido común para soportar tal tabardillo.

—¿Os hago traer un mono del Peñón de Gibraltar para que os divierta con sus gestos?

—¡Un mono! ¡Ah!... —exclamó Zorayda— ¡La detestable imitación del hombre! Aborrezco a ese asqueroso animal.

—Entonces haré venir al famoso cantor negro Casem, del harén real de Marruecos. Dicen que tiene una voz tan delicada como la de una mujer.

—Me aterroriza el mirar los esclavos negros —dijo la dulce Zorahayda—; además, he perdido la afición a la música.

—¡Ay, hija mía! No dirías eso —dijo la anciana maliciosamente— si hubieras oído la música que yo oí anoche a los tres caballeros españoles que tropezamos en nuestro viaje. Pero ¡normala de mí! ¿Por qué os ponéis, niñas, tan rusorizadas y en tal estado de turbación?

—Pues bien; cuando pasé ayer noche por las Torres Bermejas, ví a los tres caballeros descansando del rudo trabajo del día. ¡Uno de ellos estaba tocando la guitarra tan gallardamente!... mientras los otros cantaban alternando con tal estilo, que los mimos guardias parecían estatuas u hombres encantados. ¡Alláh me perdone, pero al oír las canciones de mi país natal, me sentí conmovida! ¡Y luego, ver tres jóvenes tan nobles y gentiles cargados de cadenas y en la esclavitud!

Al llegar aquí no pudo contener la buena anciana las lágrimas que le venían a los ojos.

—¿Y no pudiérais, madre, procurarnos el que viésemos a esos nobles caballeros? — preguntó Zayda.

—Yo creo —añadió Zorayda— que un poco de música nos reanimaría extraordinariamente.

—¡Infeliz de mí! —exclamó la discreta anciana. ¿Qué estáis diciendo, hijas mías? Vuestro padre nos quitaría la vida a todas si luego lo supiese. Además, aunque estos caballeros son bien educados y nobles, ¿qué importa? Al fin son enemigos de nuestra fe, y no debéis pensar en ellos más que para aborrecerlos.

Hay una admirable intrepidez en los deseos de la mujer, especialmente cuando está en la edad de casarse, que la hace no acobardarse ante los peligros ni las negativas. Las princesas rodearon a la dueña rogándole y suplicándole, y asegurándole por último que su obstinada negativa les desgarraría el corazón.

¿Qué hacer ella? Aunque era, en verdad, la mujer más discreta del mundo entero y la servidora más fiel del rey, con todo, ¿tendría valor para destrozar el corazón de aquellas tres hermosas criaturas por el simple toque de una guitarra? Además, aunque estaba tanto tiempo entre moros y había cambiado de religión, haciendo lo propio que su antigua señora, como fiel servidora suya, al fin era española de nacimiento y tenía el cristianismo en el fondo de su corazón: por lo cual se propuso buscar el modo de dar gusto a las princesas.

(Continuará en el número próximo)

...la nzaron bien a los caballeros cris-...an es...

LA PESCA DEL PEZ ESPADA

UNO de los momentos de mayor interés y no de poco riesgo para los pescadores es que se arroja el arpón al pez espada, cuya pesca se efectúa en las costas de Calabria y Sicilia, y sobre todo en el estrecho de Mesina, donde abundan los escómbridos, que son un botín codiciado por los pescadores, ya que casi todos los ejemplares de esa especie tienen una longitud de cinco metros y pesan unas dos arrobas. Debe su nombre ese pez a la prolongación en forma de espada en que termina su mandíbula superior, que es ósea. Con ella ataca al atún ,al que por cierto se asemeja mucho y hasta los cetáceos de mayor tamaño, que reciben profundas y casi siempre mortales heridas. También se ha dado el caso de que el pez espada ataque a algunos nadadores, que, como es natural ,han perecido.

Van éstos en una barca grande, en el centro de la cual se sostiene un mástil que se eleva a la altura de unos veinte metros, y a la extremidad de ese palo se encarama un hombre para descubrir en un gran radio el pez espada. Tan pronto como lo divisa, determina el vigía la distancia a que se halla la presa y la dirección en que avanza, e inmediatamente se destaca de la barca un pequeño bote, a bordo del cual van seis tripulantes. Cuatro de ellos reman y otro lleva el timón y el sexto se coloca a proa con el arpón preparado.

El pez, que confía no sólo en su fuerza, sino en la gran velocidad con que puede sumergirse, deja tranquilamente que se aproxime la embarcación y cuando ésta llega a unos diez metros de la presa, todo depende de la habilidad del arponero cuya misión es bastante difícil, porque ha de arrojar el arma desde esa distancia con la fuerza suficiente y con la necesaria puntería para que le penetre al pez por el sitio próximo a la cabeza y penetre lo bastante para que el animal no tarde en morir, pues si no pierde la fuerza rápidamente, los tirones que da de la cuerda unida al arpón pueden hacer zozobrar el bote, cuyos remeros han de tener la precaución de darle un fuerte impulso adelante en el momento de ser herido el pez espada, para evitar que, con su primera sacudida, ocasiones aquel accidente.

Mientras tanto ,el arponero va soltando cuerda, hasta que por la disminución de la tirantez comprende que el pez, casi desangrado ofrece ya escasa resistencia, y hay que empezar a izarlo entonces. Una vez en la superficie hay que emprender la faena de meter a bordo aquella pesada masa y sujetarla bien con cuerdas a los bancos, porque en las postreras sacudidas aún puede el pez espada, ahora con su peso, poner el bote quilla al sol.

Rápidamente se lleva la pesca a la barca, porque lo general es que haya más de un pez espada, y los pescadores han de apresurarse a dar caza a otro.

FRUTAS DECORADAS POR EL SOL

La piel de los frutos es sensible a la luz, y los rayos del sol crean en ellas esas hermosas coloraciones, encanto para los ojos y tentación para los dientes.

Recortando en papel una figura cualquiera y pegándola con cola resistente a la humedad, sobre la cara más expuesta al sol de un fruto ya casi enteramente desarrollado pero todavía verde, después, al llegar a la madurez despegando el papel se hallará reproducida en la superficie del fruto la misma figura, por no haber actuado los rayos de sol en la porción cubierta con el papel.

Así se pueden obtener y se obtienen frutas con siluetas, monogramas, estrellas, etc.

UN CUENTO INFANTIL

A Su Alteza la Señora Infanta doña Eulalia que ama el campo humilde y bueno.

EL AUTOR

Y ha sucedido que en estos tiempos de prosa de ásperas y fuertes realidades, se repitió el dulce mito de la Princesa zagala. No ha sido en el buen tiempo de duques pastores, amantes princesas y tiernos galanes..., sino en la fea prosa del siglo XX.

Tienen los consejos infantiles un fuerte aroma de verdad, un encanto pretérito y, sin embargo, actual; porque cambian circunstancias, pero ni fondos ni almas cambian. Nos dan la sensación un poco nostálgica y un poco melancólica sentida al abrir las cajas de taracado sándalo, donde las abuelas guardaban los abanicos y los encanjes..., y alguna vez cartas de amor.

Entre los "motivos" de los cuentos infantiles hay un "leit motiv" que se repite ,con frecuencia: el de la princesita a quien las artes de una hechicera trocó en pastora o en guardadora de gansos. Pues, bueno; es el caso que en el torbellino de la vida moderna, obsesionada por esa afeas y antipáticas aventuras de "cine" en que corre todo el mundo, sube, baja, se descuelga por cuerdas o desliza por estrechas cornisas desafiando las leyes sagradas de la gravedad, la historia cándida se ha repetido una vez más.

Erase que se era, como diría si fuese a narrar un cuento de niños, una nena deliciosa, nacida en dorada cuna, que cobijaban cortinas de encajes sostenidas por áurea corona principesca.

Fué... ¡Dios mío...! No se exactamente dónde fué, pues la vida actual ha achicado de tal modo el mundo, que encontrar en él un reino fabuloso es cuestión peliaguda, capaz de sobrepasar casi las fuerzas humanas (y no es cosa de ir a situarlo en otro planeta cuya fama y flora nos son desconocidas); pero sólo diré que fué en un reino imaginario, real como todos los reinos imaginarios.

En aquel principado alemán, uno de esos vetustos principados que ennobleció la leyenda y deshonró la opereta y la novela, pretendiendo desconocer las altas virtudes patriarcales (tal vez un poquillo caseras y burguesas) y no ver sino los vicios y locuras de media docena de histéricas, el Príncipe, en una sana y ruda ancianidad, cuidaba de su pueblo y de los suyos con un atento amor que no tenía que envidiar a los peruanos incas.

Quería el soberano feudario que sus hijos fuesen: ellos guerreros valerosos ,defensores del hogar; ellas, mujeres de su casa, que el hogar supiesen embellecer y santificar. Casados, ausentes ya ellas, menos la tierna y casi infantil Elsa, dedicó el señor sus atenciones a moldear el espíritu de la nena.

Era bella y culta ciencia, historia, leyenda y poesía érante familiares, y convirtiéronse en compañeras de sus largas soledades. Porque ha de saberse que uno de los grandes amores de la gentil princesita, huérfana de madre desde muy niña, eran su granja, sus flores, sus árboles frutales, sus hortalizas y sus bestezuelas familiares. Ella, vigilante, presidía los cuidados y trabajos; ella daba de comer a los animales, y tenía mimos y cuidados amantes para ellos. Caballos, perros, cabras, vacas, ovejas y rumiantes, conocían en ella su diosa protectora, la que miraba por su sustento de cada día, por evitarles penas y cuidarles en sus sufrimientos. Pero si todos la amaban y los potros caracoleaban orgullosos ante ella, los perros aullaban, saltando jubilosos a su proximidad; los conejillos, en vez de huir temerosos, acudían a su llamado, y las aves... ¡ah!, las aves eran otra cosa aun más tierna y ferviente. Como si realmente de una Princesa de encantada conseja se tratara, en su idas y venidas por huertos y corrales seguíanla enjambres revoloteantes que unas veces cerníanse sobre su cabeza, como en una salutación bíblica, y otras formaban en torno del áureo nimbo de su cabellera una corona de celestial visión.



Deslizábase así la vida para la princesita de los ojos de azur, cuando surgió en apocalíptica visión la guerra. Y fueron las horas atroces de humano dolor, las noches de negra zozobra, los días de terror y las visiones de horror inenarrable. Y cuando la guerra pasó, como pasa un huracán, dejándolo todo asolado, derruído, en ruinas, hallóse con que de aquella vida de leyenda no quedaba nada, nada, nada, ni los seres amados, que eran guías, apoyos y compañeros en la vida; ni el lujo, ni las pleitesías y respectos. Retornó al campo, ahora humilde y resignada, a luchar, a trabajar, a vivir humilde.

Pero en la atroz tristeza de aquella humillación, súbitamente como en un milagro de la Leyenda Dorada, halló muchos amigos.

Como si la conocieran, como si fuesen "aquellas" las bestezuelas del Señor, la amaron y, cual en otros días, rodeáronla.

Así, cuando los días buenos retornaron, cuando el "Reich" creyóse en el deber de devolver algo de lo que a sus príncipes arrebatara, sintió la Princesita que no, que ya jamás podría olvidar a los humildes amigos, y quiso vivir toda amor, fervor y humildad.

Por

A. DE HOYOS y VINENT

Alrededor del Mundo Caminando

PARECE una cosa extraordinaria recorrer una distancia equivalente a la vuelta al mundo, y sin embargo, la mayoría de los jóvenes a los veinte años pueden envanecerse de haber llevado a cabo esta aparente proeza. Suponiendo que una persona ande por término medio 5 kilómetros por día, cada 18 años hará un recorrido equivalente a la circunferencia ecuatorial del planeta; de modo que un mediano andarín que llegue a la edad de setenta y dos años, se puede jactar de haber andado tanto como si hubiese dado la vuelta al mundo cuatro veces.

Sin duda, muchos de nuestros lectores, y aun de nuestras lectoras, acostumbrarán diariamente un paseo de un par de horas. A primera vista, esto parece insignificante; pero dos horas a un paso no muy vivo representan unos ocho kilómetros, lo que, al cabo de año, hace dos mil novecientos veinte kilómetros. Como la longitud de la línea del Ecuador es de cuarenta mil setenta kilómetros, resulta que en poco menos de catorce años, los paseos que ha dado cualquier señorita equivalen a una vuelta al mundo a pie.

FABULA DE ESOPO

Fué una vez invitado cierto abogado a los festejos de una boda que se celebraban en una casa un tanto distante de la ciudad en que vivía. Púsose, pues, en marcha, y en el camino encontró, a la orilla de la carretera, una cestita llena de hermosas peras.

Como era muy de mañana, no le faltaban ganas de desayunarse con ellas, pero la perspectiva del banquete de boda le indujo a no estropear su buen apetito; y así, dando un puntapié al cesto, lo arrojó al lado de la cuneta.

Andando, andando, se encontró delante de un riachuelo que debía cruzar, pero tan crecido venía a causa de las últimas lluvias, que la corriente se había llevado el puentecillo.

No viendo por allí el abogado ninguna barca, desistió de su intento de pasar a la otra orilla y, por tanto, se volvió a casa por el mismo camino.

Sentía el pobre abogado un hambre tal, que al pasar delante de las peras revueltas entre el fango, se dió por muy contento de poderlas comer después de haberlas limpiado del mejor modo posible, hallando así manera de saciar su apetito.

"El que no desperdicia lo útil, no carecerá de lo necesario".

ANTIGUEDAD DE LA MEDICINA

En lo que pudiéramos llamar prehistoria de la medicina, Egipto ocupa el primer lugar. Existe un templo en la isla de File, dedicado a uno de los primeros médicos que debió vivir más de cuatro mil años antes de Cristo. Existen dibujos esculpidos en piedras que datan de más de tres mil años, en que se describen varias operaciones quirúrgicas. Los médicos egipcios, según Homero, se distinguían principalmente en la preparación de drogas compuestas. Entre otras cosas usaron el opio y el aceite de castor.

Los famosos libros de Hermes, que tanta influencia ejercieron en las generaciones posteriores durante la Edad Media y en el desenvolvimiento de la magia negra, son libros en gran parte de prescripciones medicinales y originados en Egipto. Los laxativos estuvieron en mucho uso entre los egipcios; y era costumbre general de purgarse cada mes durante 3 días consecutivos

De nuestro concurso del "Cuento sin final"

RESULTADO DEL ONCE CONCURSO PARA LOS PIBES

Tal como ocurrió con los anteriores concursos de "cuento in final", el número once, que publicamos en CRITICA PARA LOS PIBES del miércoles próximo pasado, mereció especial atención de parte de nuestros amiguitos. Lo mismo que en las ocasiones anteriores han sido numerosos los finales que nos han enviado, y la mayoría de ellos muy acertados. La libra esterlina ha correspondido esta vez a un pibe. Tiene 14 años de edad y se llama Iván B. Alvarez.

El final que nos envió, y que publicamos a continuación, es muy ajustado a la terminación original de nuestro cuento.

Y viendo la noche obscura que se adelantaba a pasos agitantados retiróse adentro de la casa y púsose a leer una de las novelas favoritas del sabio junto a los cristales de la ventana que daban a la parte Este del jardín o sea en donde estaba colocada la banderita color escarlata, un ruido extraño hizo interrumpir la leyenda del sabio. Las diez y ocho tías habían penetrado en el jardín del sabio y destrozado todas las flores y plantas que poseía el gran sabio en su querido y adorado jardín, no se había contentado con sólo romper por completo la banderita escarlata, una vez que hubieran hecho ese trabajo se fueron muy tranquilas al parecer. A todo esto el sabio miraba admirado sin decir una palabra.

El cielo habíase tornado negro como el azabache; todo retemblaba menos las flores perfumadas del jardín del gran sabio y la banderita que había colocada al Este del jardín. Esta banderita parecía como si no sintiera bramar el huracán y permanecía insensible a todo ésto; parecía que una ligera brisa de los días primaverales acariciara el género de esa simple bandera. Entre todo esto la tormenta de viento habíase vuelto más horrible y había descendido del negro cielo recia una inmensa nube, que envolvía a las diez y ocho tías vestidas de negro, como esa misma noche cruel.

El sabio, que estaba sentado en su jardín, como ya lo he dicho, de todo lo que veía parecía que las fuerzas se le habían acabado y que una fuerza superior a la de él lo retenía.

Pudo recobrar su espíritu una vez que las tías se fueron y recordó lo que le habían dicho las flores o las sobrinas de las tías malas, y lloraba pensando en la suerte que habrían corrido las muchachas.

Rendido por el cansancio, quedóse dormido por completo; sonaban las doce en el reloj de la iglesia del pueblo y recién parecía que el huracán se retiraba.

Amaneció como de costumbre; un sol espléndido lastimaba las flores rotas por el huracán en la noche anterior, eran las siete de la mañana y todavía no se había despertado el señor. Un dulce perfume se esparcía por la habitación en donde dormía el sabio. Eran las ninfas que habían llegado después de pasar una noche espantosa bajo la intemperie.

Despertó el sabio por el delicado perfume y se vió rodeado por las bellas ninfas. Contóles el sabio todo lo que había visto la noche pasada. Escuchaban con muchísima atención las ninfas y al asomarse por la ventana vieron todo el jardín destrozado, igualmente que la banderita. Por esa misma ventana apareció un hada que se llamaba Primavera y al ver a las ninfas llorando les regaló una varita mágica para destruir todos los seres maléficos, y dejando la varita en una mesa desapareció. Entonces la vestida de color granate dijo dos o tres palabras para destruir a las tías, lo cual sucedió en el instante. Desde ese día las ninfas van a visitar al sabio todos los días.

IVAN L. ALVAREZ.
Pacheco 2833
Edad: 14 años.

VARIEDADES

PENSAMIENTOS ARABES

El que no sabe que no sabe es un imbécil: húyele.

El que no sabe y sabe que no sabe, es un ignorante: instrúyele.

—El que no sabe y no sabe, está durmiendo: despiértale.

—El que sabe y sabe que sabe, pero no hace alarde de que sabe es el verdadero sabio: síguele.

EN EL COLEGIO

El maestro habla sobre la Creación. Juancito lo interrumpe diciendo:

—Mi papá dice que nosotros descendemos de los monos.

El maestro — Los asuntos privados de vuestra familia no me interesan.

DIALOGO ENTRE DOS "CHICAS"

—¿Qué harías tú si alguno se estuviera muriendo por un beso?

—Pues le aplicará la cura de primera intención.

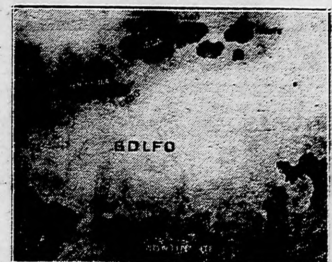
EL MAR EN LA NATURALEZA

La Tierra y el Mar—

¿Cómo están contenidos los mares en la superficie terrestre? Generalmente, la idea vulgar que de este fenómeno se tiene, es la de que las aguas marinas descansan en los senos o concavidades terrestres como en un recipiente, lo mismo que el agua doméstica en una jofaina. Y no es, en rigor, así. Primeramente, importa recordar que no fueron las aguas marinas las que brotaron a la superficie terrestre, sino que fué la costra de la tierra la que emergió poco a poco de las profundidades del mar, que en un principio la inundaba por entero. Y en segundo término, hay el hecho de que las aguas del mar no están inmóviles como las de una jofaina, sino que, por el contrario, se mueven y pugnan contra su recipiente terrestre, con una fuerza colosal.

Cuando las aguas del mar abarcan una extensión inmensa de la superficie terrestre, y bañan costas sumamente distanciadas entre sí se las llaman "océanos". De ahí los nombres de océano Atlántico, océano Pacífico, océano Indico, etc. Y si esas aguas cubren un espacio mucho más pequeño, abarcando costas relativamente próximas, se las llama "mares" (Mediterráneo, Negro, Blanco, Rojo, Báltico, etc.).

Las singularidades geográficas que suelen ofrecer las costas de los mares y océanos, están representadas en el siguiente esquema.



CASCA-AVELLANAS IMPROVISADO

Abrese sobre una rama verde, flexible, una muesca limitada por dos cortes transversales y una longitudinal.

La distancia de los dos cortes transversales ha de ser aproximadamente igual al diámetro de una avellana.

Colocada en la muesca la avellana que ha de romperse se dobla la rama en el sentido de acercar los bordes de los cortes transversales.

Por Mar

El "destróyer" norteamericano Cole alcanzó una velocidad de 44 millas por hora en su primer viaje de prueba. La lancha - automóvil Miss América, en 1920 batió el record, con una velocidad de 78 millas por hora.

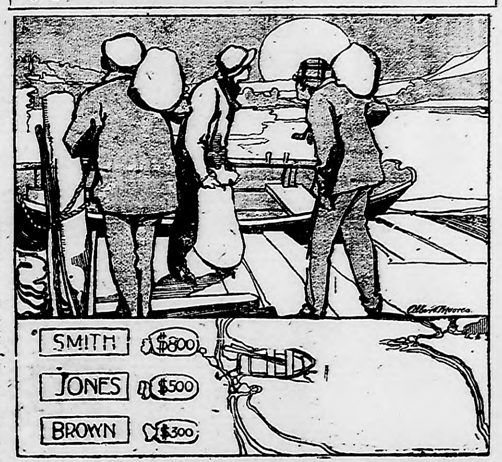
Por el Aire

El zeppelín dirigible ZR-3, construído en Alemania para el ejército de los Estados Unidos, salió de Friedrickshahen el 12 de octubre de 1924, y, emprendiendo el vuelo al través del Atlántico, llegó a New Jersey el 15 del mismo, habiendo echado 81 horas y 17 minutos en el recorrido de 5066 millas. El monoplano T-2, del ejército de los Estados Unidos salió de Nueva York, el 23 de mayo de 1923 y llegó a San Diego de California, una distancia de 2520 millas, en 26 horas, 50 minutos y 38 segundos.

Alrededor de la Tierra

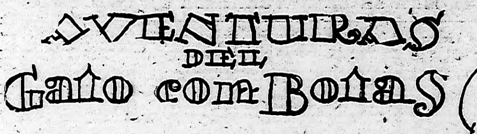
Nellie Bly hizo un viaje alrededor del mundo en 1899 en 72 días, 6 horas y 11 minutos. En 1903 Henry Frederick lo verificó en 54 días, 7 horas y 2 minutos. En 1911 Andrés Jaeger-Schmidt en 39 días, 19 horas y 42 minutos. En 1913, Jhon H. Mears en 35 días, 21 horas y 36 minutos.

¿QUE DEBEN HACER ESTOS HOMBRES?



Esta es una interesante variación del antiguo problema del cruce de un río por un zorro, una gallina y un saco de trigo, que indudablemente todos nuestros lectores recordarán. Esta vez son tres hombres: Smith, Jones y Brown, quienes llevan tres sacos conteniendo diferentes cantidades de monedas de oro. En esta forma: el saco de Smith con 800 pesos, el de Jones con 500 y con 300 el de Brown. Para seguir su camino, estos hombres, que no se conocen y que se tiene mutua desconfianza, necesitan cruzar un río no disponiendo sino de un solo bote, en el cual no cabe más que un hombre con una bolsa o dos hombres, pero sin las bolsas. Ninguno de ellos quiere ser el primero en cruzar, pues tendría que dejar la bolsa en la otra orilla y regresar con la lancha. Así que tengan bien en cuenta: sólo dos hombres o un hombre y una bolsa pueden viajar en el bote al mismo tiempo, y ninguno de ellos quiere dejar su dinero en poder de los otros. ¿Cómo se arreglarán?







ZAPIRON AVIADOR, por LINAGE



El Gato con Botas piensa realizar un gran raid aéreo.



Al fin, logra adquirir un aparato último modelo.

Contrata a dos gatos amigos: un capitán de ruta y un mecánico.



Y una mañana zarpan de Gatolandia, alegres y confiados



En un solo vuelo llegan a Micifulandia, país vecino



Las autoridades les dan la bienvenida, en las afueras



Pero he aquí que no pueden despegar, cuando resolvieron irse.



Y un perito en aviación descubre la causa: habían aterrizado sobre engrudo.